

Esta humillación, vivamente sentida por sus súbditos, le valió de poco. Fué preciso calmar al emperador Enrique IV, á quien la enfeudación del Hainaut había irritado; y los soldados que le envió el obispo de Lieja fueron detrozados por *el Frisón*, cerca de Mons, en Broqueroie, último golpe dado á sus esperanzas. Todos los obstáculos desaparecían sucesivamente delante de su afortunado rival. Roberto no tardó en hacerse reconocer por el emperador. El obispo de Cambrai, que persistía en tratarle de usurpador, fué sitiado en su ciudad (1075) y no escapó del peligro más que inspirando al conde de Flandes un terror religioso.

1075 Al duque de Baja Lorena, Godofredo *el Jiboso*, que le había arrebatado una parte de la Holanda y se disponía á tomar el resto, le hallaron empalado en una habitación secreta del castillo de Amberes. Therouanne, la capital eclesiástica de Flandes, resistió sola bastante tiempo; pero allí como en las demás partes acabó por vencer *el Frisón*. El papa Gregorio VII intervino para calmar las pasiones y contribuyó á que se aceptara por todos la dominación del más fuerte. La misma Riquilda, comprendiendo que todo estaba perdido, se resignó con los hechos consumados. Se encerró en la abadía de Messines, que ella misma había hecho quemar en otro tiempo, tomó el hábito religioso, y asombró al mundo con el rigor de sus penitencias.

Dueño absoluto de Flandes, libre de rivales y de enemigos, Roberto *el Frisón* creyó que podía dar una última satisfacción á su gusto por las aventuras (1085).

1085 Partió para Jerusalén con un gran número de barones flamencos; estuvo dos años en la Tierra Santa, y entró en relaciones de amistad con el emperador Alejandro Comneno, á quien envió gente de armas para defender á Nicomedia. Vuelto á Occidente, este soldado, que tanto se había movido, murió apaciblemente, cerca de los ochenta años de edad (1093). A su muerte,

1093 Flandes, respetada de sus dos soberanas feudales, Alemania y Francia, hubiera podido eclipsar á su poderosa vecina, la Normandía, si ésta no hubiese conquistado Inglaterra, lo cual la colocaba de un solo golpe en el rango de los grandes Estados soberanos.

V.—La dinastía normanda (1)

Los primeros duques normandos que se transmitieron la herencia de Rollón, Guillermo *Larga Espada* (927-943), Ricardo I (943-996), Ricardo II (996-1027), Roberto *el Magnífico* ó *el Diablo* (1027-1035), hasta el mismo Guillermo *el Bastardo*, han conservado el sello de su país de origen: la alta estatura, los cabellos rubios ó rojos, los ojos azules, la tez encarnada de los hombres

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Liquet, *Histoire de la Normandie jusqu'à la conquête de l'Angleterre*, 1855. Labutte, *Histoire des ducs de Normandie jusqu'à la mort de Guillaume le Conquérant*, 1866. Waitz, *Über die Quellen zur Geschichte der Begründung des Normannischen Herrschaft in Frankreich*, en *Göttingische gelehrte Anzeigen*, 1866. Lair, *Proligomènes et notes de l'édition de Duon de Saint-Quentin*, 1865, en las «Mémoires de la Société des Antiquaires de Normandie», tomo XXIII; de Fréville, *Mémoire sur le commerce maritime de Rouen*, 1877. Körting, *Über die Quellen des Romans de Rou*, 1867. Marión, *De Normannorum Ducum cum Capetianis pacta ruptaque societate*, 1892. J. Lair, *Étude sur la vie et la mort de Guillaume Longue-Epée*, 1893. Eckel, *Charles le Simple*, 1899. Lauer, *Louis IV d'Outre-Mer*, 1900.

del Norte. Los más antiguos, los del siglo X, aparecen todavía con la larga cabellera, señal de nobleza. El cristianismo apenas ha modificado sus costumbres. Continúan casándose «á la danesa», es decir, con las menos formalidades posibles, y hacen poca distinción entre sus hijos legítimos y sus bastardos. Estos últimos tienen tanto derecho como los otros á la sucesión paterna, obtienen obispados, condados y hasta la corona ducal. De entre los seis primeros duques, tres fueron hijos de concubinas. Toda huella de paganismo no desapareció de entre ellos desde el principio. Rollón caminaba descalzo delante de la urna de San Ouen; pero el mismo hombre hacía vender en Inglaterra muchas reliquias normandas. El cronista Ademar de Chabannes hasta pretende que, estando próximo á la muerte, hizo inmolar prisioneros á los dioses escandinavos, al mismo tiempo que daba gran cantidad de oro á las iglesias, eclecticismo bastante verosímil. El segundo duque, Guillermo *Larga Espada*, parece aún apegado, si no á la religión, á la antigua lengua escandinava. Envía á su hijo á Bayeux para que le enseñen el noruego.

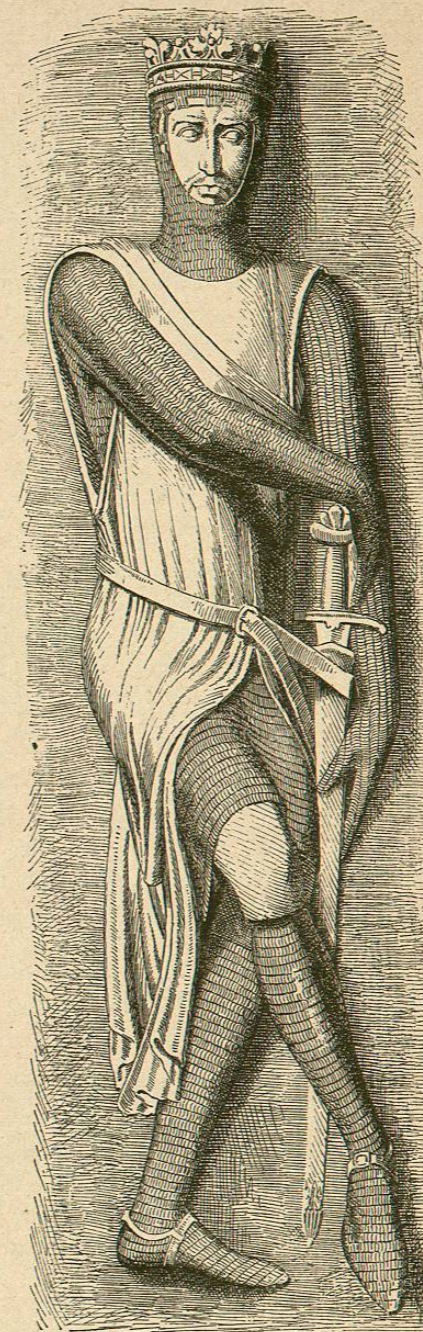
A partir de Ricardo I, las leyendas y los milagros abundan y revisten á los duques de ese tinte cristiano que ya no permite distinguirlos de los barones de las otras regiones. El nieto de Rollón es ya un soberano según desean los monjes. Gran constructor de iglesias (la primitiva catedral de Ruan, San Ouen, San Miguel del Monte, la Trinidad de Fécamp), lucha con el diablo, acepta ser árbitro entre un ángel y un demonio y edifica al mundo con sus liberalidades en favor de los pobres. En la época de Ricardo II, contemporáneo del rey Roberto, la cristianización se completa. El duque se muestra tan ardiente como el rey para la grande obra de la reforma monástica. Hace ir expresamente desde Borgoña al «hombre de Dios», Guillermo de San Benigno. Fécamp, reformado gracias á sus cuidados, se convierte en abadía modelo, en foco de fervor religioso y en escuela de las más frecuentadas. El mismo Roberto *el Magnífico*, á pesar de las leyendas infernales que van unidas á su memoria, no es menos piadoso que sus predecesores. Respeta tanto como ellos al sacerdote y al monje. Funda también abadías (Cerisi, cuya hermosa iglesia subsiste aún), y prodiga sus bienes á los clérigos, á los pobres, á los leprosos. En fin, fué el primero de su raza que se decidió á abandonar su Estado para lanzarse á la arriesgada empresa de una peregrinación al Santo Sepulcro. Partió hacia allí, y como tantos otros, no volvió.

La obra principal de estos duques fué la de constituir fuertemente su ducado, que ocupa un lugar aparte en el sistema general del feudalismo francés. Se distingue de los otros feudos por la ausencia casi completa de jerarquía y por la extensión del poder ducal. No se encuentran en Normandía esas baronías de primer orden que oponen un obstáculo permanente á la autoridad del jefe de la provincia. Los condados laicos (Eu, Arques, Evreux, Mortain) son poco numerosos, poco importantes y están casi siempre en poder de la familia reinante. El duque los reserva cuidadosamente para sus hijos no primogénitos, sus hermanos ó sus sobrinos. Un solo señorío notable, el de Bellême, del cual dependían Domfront y Alenzón, pudo conservar la independencia: por eso fué constantemente el blanco de las desconfian-

zas y de las empresas del señor feudal. La nobleza normanda no está separada del jefe supremo por una serie de grados interpuestos: sus miembros, si no son iguales entre sí, dependen todos inmediatamente del duque. Al revés de lo que ha sucedido en otras partes, éste ha logrado conservar su acción directa sobre los más ínfimos vasallos. Detenta el monopolio de la alta justicia y hasta el de la tutela ó del «arrendamiento» de los niños nobles. El feudalismo de la Iglesia, en otras partes tan embarazoso para la autoridad secular, tampoco representa ningún estorbo para los duques normandos. Sus obispos son tan suyos como sus condados; los guardan para los miembros de su familia, de los cuales hacen obispos ó arzobispos de Ruan. Poder excepcional, debido, sin duda, á las circunstancias particulares en las cuales se encontraban Rollón y sus compañeros en el momento de establecerse en Neustria, y que se desarrolló poco á poco, gracias á la actividad y á la energía de los príncipes que prepararon el camino á Guillermo *el Conquistador*. Su historia, muy oscurecida por las leyendas, les da á conocer de una manera muy imperfecta para que pueda atribuirse claramente á cada uno de ellos su parte de acción y su fisonomía propia. No vemos su obra más que en conjunto; pero los resultados prueban que, á pesar de serias dificultades, hicieron triunfar su política.

En el siglo X habían tenido que combatir á la vez al partido escandinavo, el cual repugnaba aceptar la lengua, las costumbres y la religión de los indígenas cristianos, y á los reyes carolingios que querían apoderarse nuevamente del ducado. Una revuelta de un jefe normando, Rioulf (935), y una tentativa de Luis *de Ultramar* para hacerse dueño de la Normandía y de su joven duque, Ricardo I (944), habían originado dos crisis graves, en las cuales estuvo á punto de perderse la independencia del poder ducal. Más tarde, cuando el elemento escandinavo se hubo fundido completamente con la población romana, y se hubo afirmado el feudalismo normando hasta el punto de poder desafiar toda tentativa monárquica, entonces se presentaron nuevas dificultades. Los duques tuvieron que resistirse contra los príncipes de su familia, hermanos ó hijos segundogénitos, descontentos de la parte de dominio y de autoridad que les dejaba el jefe de la casa, y contra la nobleza turbulenta que en Normandía, como en todas partes, sufría con pena el yugo del alto señor feudal. Para escapar á estos peligros, se vieron obligados á permanecer en comunicación con los países del Norte, ó por lo menos con las bandas danesas ó noruegas que cruzaban constantemente por la Mancha. Aunque convertidos en cristianos y franceses, conservaron la costumbre de llamar á sus antiguos compañeros de saqueo y lanzarles sobre el continente al servicio de sus contiendas particulares. Así lo hizo, aun cien años después del tratado de Saint-Clair-sur-Epte, el duque de Normandía Ricardo II, cuando opuso al conde de Blois, su enemigo, á los dos jefes escandinavos Lacman y Olaf. ¿Es sorprendente que los monjes del siglo XI hayan continuado designando á los amos de Ruan con el nombre de «jefes ó duques de los piratas»? Estos, para ponerse á bien con la opinión cristiana, poco favorable á esas alianzas comprometedoras, volvían á mandar á los piratas hacia el Norte, después de bien pagados y bautiza-

dos. El concurso de los marinos escandinavos no habría bastado á garantizar el ducado de Normandía contra los enemigos de dentro y de fuera, si los descendientes de Rollón no hubiesen tenido la habilidad de ganarse otros auxiliares. Uno de los resortes más útiles de su gobier-

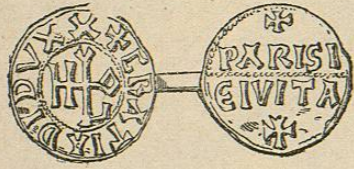


Roberto I de Normandía, estatua existente en la catedral de Glócester

no fué la alianza pactada con la dinastía real que había substituído á los Carolingios.

Rollón y Guillermo *Larga-Espada* habían permanecido fieles á la familia de Carlomagno; pero á mitad del siglo X, cuando Luis *de Ultramar* hubo hecho la amenaza de confiscar la autonomía del ducado, la política de los duques cambió de orientación. Ricardo I se volvió hacia Hugo *el Grande*, duque de los Francos, y entró en su vasallaje. La unión fundada entre normandos y Capetos, muy feliz para las dos casas, duró por espa-

cio de un siglo. La Normandía encontró en ella una seguridad y una fuerza de resistencia que la ayudaron á soportar muchos asaltos. Los Capetos retiraron de la misma un beneficio todavía mayor. Los servicios que los normandos les prestaron excedían en mucho á aquellos que la ley feudal imponía como obligatorios á todos los vasallos. Hugo Capeto y Roberto *el Piadoso* debieron á la Normandía el éxito de muchas empresas difíciles; Enrique I, sin el asilo y los socorros que ella le ofreció, habría probablemente sucumbido en las disensiones intestinas que agitaron el dominio real á su advenimiento. La guerra estalló, sin embargo, entre los aliados desde mediados del siglo X. Iba á hacerse permanente y á separar para siempre á aquellos mismos á quienes la comunidad de intereses había unido por tan largo tiempo.



Moneda de plata de Hugo Capeto

La conquista de Inglaterra, abriendo el foso entre franceses y normandos, lo hizo pronto infranqueable. Pero mucho tiempo antes de que Guillermo *el Bastardo* hubiera pasado el estrecho, la ruptura se había consumado. La prosperidad creciente de ese Estado feudal, visible para todos los espíritus observadores, había acabado por causar al rey Capeto inquietudes que no se perdonan.

La superioridad de la Normandía se encuentra ya anotada por un monje borgoñón que escribía en la época de Roberto *el Diabolo*: «Los franceses, dice Raúl Glaber, y también los borgoñones se unieron, por medio de casamientos, con los normandos que se habían hecho católicos. De estas uniones salieron excelentes duques: Guillermo y después de él los tres Ricardos. La capital de su ducado era Ruan. Los duques eran superiores á todos los demás señores por el valor de sus armas, por su amor á la paz general y su liberalidad. Toda la provincia, que estaba sometida á su poder como la casa ó el hogar de una misma familia, vivía en el respeto inviolable de la buena fe. En Normandía se comparaba con un ladrón ó un bandolero á todo hombre que en un mercado vendiese un objeto á un precio muy elevado ó engañase al comprador respecto á la calidad de la mercancía.»

¡Hermoso elogio del campesino normando! ¿Pero qué hubiera dicho Glaber de la Normandía si hubiese conocido el poder ducal en el apogeo de su fuerza y de su grandeza, tal como se verá entre las manos vigorosas de Guillermo *el Conquistador*?

VI.—Eudo de Blois (1)

La dinastía de los condes de Blois no produjo en el siglo XI más que un hombre notable, Eudo II (995 á 1037). Aventurero de gran empuje, de una turbulencia casi enfermiza, soñó coronas y reinos y se lanzó, sin reflexionar, á las empresas más difíciles. Me-

(1) OBRA DE CONSULTA.—Lex, *Eudo II, comte de Blois*, 1892.

nos devoto que la mayor parte de los otros señores y poco cuidadoso de las cosas de la Iglesia (á no ser en el último período de su vida), no emprendió remotas peregrinaciones y no prodigó su oro á los monjes. Se atrevió á escandalizar á sus contemporáneos haciéndose el protector titular de un señor sospechoso á la Iglesia, el conde de Sens, Rainard, á quien se apellidaba el «rey de los judíos.» La misma abadía de Marmoutier, que había recibido sus beneficios, no le fué siempre favorable. Allí se inventó una leyenda en la que se propagaba la idea de que el conde de Blois había merecido la condenación eterna y que la intervención de San Martín fué la única bastante poderosa para salvarle de los castigos que le reservaba el infierno. «Eudo era infiel, si no por sus palabras, á lo menos por sus actos, contrarios á las leyes del cristianismo.»

Con su actividad revoltosa, intervino en todas las querrelas de su tiempo. Hablaremos de la guerra cruel y desgraciada que hizo á su vecino, el conde de Anjou, Folco Nerra. Su casamiento con una princesa normanda le había valido la mitad de la villa y del condado de Dreux. Habiendo quedado viudo, se niega á devolver el dote y entra en lucha con el duque de Normandía, Ricardo II. Se rompen las hostilidades alrededor del torreón de Tillières-sur-Avre, fortaleza que el normando había construido para burlarse de su enemigo y tener bajo su mano el país litigioso. Eudo es derrotado (lo cual le sucedió á menudo) y escapa, pero continúa la guerra. Ricardo, para sostenerla, llama en su auxilio algunas bandas de bretones y hasta de piratas escandinavos. Atemorizado, el rey Roberto II impone su arbitraje á los beligerantes. Eudo fué tratado como si hubiera sido vencedor; la sentencia real le mantuvo en posesión de Dreux (1006-1007).

No fué más agradecido hacia el soberano que había casado con su madre, Berta, y protegido su infancia contra las empresas de Folco Nerra. Con el Capeto, podían atreverse á todo y quizás salir bien sin mucho trabajo. La sucesión del condado de Champaña se abre á la muerte de Esteban I, conde de Troyes. ¿Quién se lo llevará, el rey ó el conde de Blois, parientes los dos del señor difunto? Eudo resuelve la cuestión por el hecho; se apresura á ocupar el dominio de Champaña y ya no saldrá de allí. Pero esta nueva adquisición se convierte para él en manantial de conflictos. Apenas está instalado cuando ya se le ve en guerra con todos sus vecinos. Despoja al arzobispo Eble de Rouci del condado de Reims y acuña moneda en lugar del mismo. Provoca al duque de Lorena, Thierry, y al conde de Toul, Ferri, y construye fortalezas en sus territorios. El Imperio, directamente atacado, se commueve. El rey Roberto y el emperador Enrique II se alían en Ivois (1023) contra ese feudatario insoportable. La asamblea de Verdún, presidida por el emperador en persona, condenó al conde de Champaña á restituir á la Lorena lo que había usurpado y á demoler lo que había construido. Eudo tuvo que resignarse; pero le aprovechó su misma audacia, que le hacía un personaje muy visible.

Cuando en 1024, al advenimiento de Conrado II, los italianos del Norte quisieron sacudir el yugo de Alemania, ofrecieron la corona de Italia, primero al rey Roberto, que la rehusó por él y por sus hijos, y después, simultáneamente, á dos grandes vasallos del rey

de Francia, á Eudo y á Guillermo V, duque de Aquitania. Eudo la hubiera tomado de buena gana; ¿qué es lo que no hubiera aceptado? Pero el Capeto comprendió cuán peligroso sería para él dejar investir de una realeza al terrible vecino que encerraba su dominio por todas partes. Hizo tanto que la elección de los italianos recayó en Guillermo V. El conde de Blois se consoló de su fracaso viendo á su competidor aquitano volver de Italia con las manos vacías, y sobre todo forjándose una nueva ilusión de grandeza, ésta quizá menos irrealizable.

El sobrino del rey de Borgoña, Rodolfo III, se extinguía lentamente sin heredero directo; pero allí también encontraba la competencia del emperador Conrado II, otro sobrino del borgoñón. El reino de Arlés, tierra en gran parte francesa, sería devuelto á un príncipe francés ó iría á aumentar también la inmensa aglomeración del imperio germánico? Así planteada la cuestión, el rey Roberto no podía titubear. Reconciliarse con Eudo, entenderse con él y con el duque de Aquitania para una acción común contra Conrado, arrancar de Alemania los tres reinos de Italia, Borgoña y Lorena, tal fué la idea que, en 1026, parece haber pasado por la imaginación del rey de Francia y de sus altos barones. Pero la realidad vino pronto á desvanecer esta quimera. Guillermo estaba demasiado lejos de la frontera oriental del país; el rey Roberto contaba con pocos recursos, y el conde de Blois no tenía bastante paciencia ni carácter para ir en seguimiento de nadie. Amenazada en su independencia, la Lorena se vuelve hacia Conrado II, y el rey moribundo de Borgoña hace su testamento en favor del más fuerte, es decir, del emperador. Eudo, sin embargo, no desiste de su proyecto. Muere Rodolfo en 1032; Eudo invade

la Borgoña, se apodera de Vienne, de Neufchatel, de Morat, y se deja llamar «rey» en los diplomas de sus partidarios. Para sostener la lucha contra un César, hubiera necesitado, por lo menos, seguir estrechamente unido á la realeza capeta. Ese fué el momento que escogió para lanzarse abiertamente en la coalición formada por la reina Constanza contra su hijo el nuevo rey de Francia, Enrique I. Se había prometido al conde de Blois la villa de Sens; pero no pudo tomarla y fué tres veces derrotado por su señor feudal. Cuando volvió á Borgoña, se encontró enfrente de una coalición pactada entre Conrado II y Enrique I, que se había hecho su enemigo irreconciliable. Su falta de habilidad le había echado encima á Francia y Alemania juntamente.

Por desgracia, Eudo no era de aquellos á quienes vuelven cuerdos el tiempo y los reveses. En 1037 los enemigos del Imperio intentan una nueva empresa. El arzobispo de Milán, Heriberto, en abierta rebelión contra Conrado II, promete al conde de Blois la corona de hierro y hasta la corona imperial. El emperador se encuentra en Italia, ocupado en reconquistar su reino: Eudo juzga oportuna la ocasión para un golpe decisivo. Se echa sobre la Lorena, toma Bar-le-Duc, donde van á reunirse con él los embajadores italianos, y se encamina hacia Aquisgrán. Allí debía terminarse, con la toma de posesión del cetro imperial, el sueño deslumbrador que le tenía obsesionado. Pero el ejército lorrenés se había reunido para atajarle el paso. La última batalla se empeña el 15 de noviembre de 1037, en la

llanura de Honol, entre Bar y Verdún. En lo más fuerte del combate, y á pesar de un principio de triunfo, Eudo, sobrecogido de pánico, da la señal de huida. Dos mil de sus soldados quedan sobre el campo de batalla; el estandarte del conde de Blois cae entre las manos de los vencedores; el mismo Eudo se cuenta entre los muertos. Al día siguiente se encontró su cuerpo, desnudo y mutilado. Un cronista afirma que su cabeza fué cortada y enviada al emperador.

Así acabó este alto feudatario que había atacado á todos sus vecinos, perseguido muchas coronas, aspirado á todas las conquistas, y sólo consiguió morir miserablemente, lejos de los suyos, entre la Francia, á la que no cesó de perturbar, y la Alemania, á la que había atemorizado sin ningún provecho. Se le ha comparado á Carlos *el Temerario*, de quien, en efecto, tuvo el temperamento y casi el mismo destino. Si hubiera sido más moderado y más prudente, quizá habría hecho retroceder hacia el Este la frontera del reino Capeto, ahorrando así á nuestros reyes un trabajo penoso de varios siglos.

VII.—Los fundadores del Estado angevino (1)

Ocupados exclusivamente en agrandar su dominio á expensas de los Estados limítrofes, los condes de Anjou fueron tan prácticos como poco lo eran los condes de Blois. Folco Nerra, Godofredo Martel y sus sucesores del siglo XII, Godofredo *el Hermoso* y Enrique Plantagenet, los más rudos soldados de su tiempo, no eran vulgares jefes de bandas. Vieron en la guerra algo más que una serie de emboscadas, de correrías desordenadas, de invasiones productivas, de sitios emprendidos al azar. Esos barones hacían la guerra grande, libraban verdaderas batallas ordenadas; en una palabra, fueron tácticos, tanto como lo permitía la estrategia de la Edad media. Uno de ellos está representado por las crónicas dirigiendo un sitio con el libro de Vegecio en la mano. Tal batalla empeñada por Godofredo Martel en Aquitania ó en Turena denota un plan trazado de antemano, disposiciones tomadas hábilmente, combinaciones de ataque y de defensa bastante complejas. Estos conquistadores sin escrúpulos son también príncipes instruidos, que aman los libros y conocen su valor. Angers es el sitio de una escuela célebre. Tienen á su alrededor una pequeña corte asaz brillante, que en ciertas épocas dió el tono é impuso sus modas á los demás señores del reino. En este país las artes de la guerra no han perjudicado mucho á las de la paz.

Héroe popular entre los angevinos, que le llamaban «el nuevo César», Folco Nerra (987-1040) ha sido menos célebre por su obra política y militar que por la resonancia de sus crímenes y de sus penitencias. Violento, inquieto, de una actividad devoradora, Folco presenta en su persona, más agrandados y llevados hasta el extremo, los rasgos propios de la mayor parte de los barones de aquel tiempo: codicia, ferocidad,

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Kate Norgate, *England under the angevin Kings*, tomo I, 1887. Lot, *Geoffroi Grisegonnelle dans l'épopée*, en la «Romania», tomo XIX. De Salies, *Histoire de Foulque Nerra*, 1874. De Grandmaison, *Geoffroi II, dit Martel, comte d'Anjou*, en las «Positions des thèses des élèves de l'Ecole des Chartes», 1887.

superstición. Ha ido, sobre todo, más allá que los otros en la práctica necia de esta fe de la Edad media, fundada en el culto de las reliquias, que permitía al hombre comprar, al precio de una peregrinación ó de un donativo piadoso, el derecho de satisfacer sus peores instintos. Para expiar un asesinato ó el «degüello de los cristianos» en un campo de batalla, Folco prodiga las tierras y los privilegios á las iglesias, afronta cuatro veces, con soberbia indiferencia los peligros de una visita al Santo Sepulcro, se hace arrastrar medio desnudo, con una cuerda al cuello, por las calles de Jerusalén, azotado por dos criados y gritando: «Señor, tened piedad del pérfido.» La confesión pública de un delito le cuesta poco, y se precipita en la humillación y en el arrepentimiento públicos con el mismo ímpetu y el mismo ardor que ha puesto en cometer el crimen. Afectación de actitudes teatrales, deseo de herir las imaginaciones; pero la sinceridad de la creencia no es dudosa. Folco pasa su vida en ofender y apaciguar á los santos, de quienes tiene miedo.

En 990 allana el claustro de San Martín de Tours y derriba la casa de un canónigo. El cabildo, en seguida, hace bajar el crucifijo, poner en tierra y velar las urnas, rodear las reliquias con una cerca de espinos y cerrar la puerta de la iglesia. El conde de Anjou, espantado, se apresura á ir descalzo y en traje de penitente á expiar su audacia en la tumba de San Martín. En 1025 se apodera de Saumur, lo saquea y lo incendia. El monasterio de Saint-Florent es pasto de las llamas. «¡Saint-Florent, exclama Folco, déjate consumir; yo te construiré en Angers una morada más hermosa!» Se consigue salvar el cuerpo del mártir, que se pone en el Loira sobre una barca; pero la barca no puede avanzar á pesar de los esfuerzos de todos los remeros. El conde de Anjou, furioso de esta resistencia, acusa al santo «de ser un impío y un patán que prefiere quedarse en Saumur y no quiere dejarse llevar á la gran ciudad de Angers.» Sin embargo, no se atreve á violentar á San Florente, al cual los monjes depositaron en una iglesia hasta tanto que pudiese reconstruirse la abadía.

Un tal hombre se prestaba singularmente á la leyenda, la cual se apoderó de él aun durante su vida. Su mujer Elisabeth pereció en un incendio que se propagó en seguida á toda la ciudad de Angers; inmediatamente toma cuerpo el rumor de que la condesa, convencida de adulterio, ha sido quemada viva por su marido. La leyenda acompaña á Nerra hasta Jerusalén, donde le representa, en su segundo viaje, escapando, por una piadosa jugarreta, al sacrilegio que los infieles querían imponerle. Le sigue á Roma, donde el aventurero barón habría libertado al papa Sergio IV de los bandidos que le tenían prisionero, y matado al tirano Crescencio, relato de pura fantasía, puesto que Crescencio fué hecho prisionero por el emperador Otón III en 998 y ahorcado en tiempo del pontífice Gregorio V. Por desgracia, no siempre se sabe tan bien como en este caso dónde acaba la verdad y donde empieza la fábula.

Para la historia, Folco Nerra quedará siendo el creador del Estado angevino. Se impuso la difícil tarea de aumentar el patrimonio hereditario á expensas de los condes de Bretaña y de los condes de Blois, y consiguió encantar profundamente los Estados vecinos.

El feudalismo bretón, cuyo homenaje se disputa-

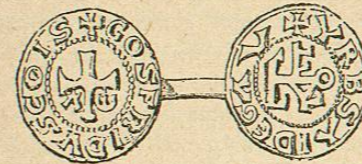
ban los condes de Rennes y de Nantes, dividido en dos bandos irreconciliables, no ofrecía un obstáculo muy serio á una ambición tan tenaz. Folco se declara por Nantes contra Rennes y hace una guerra encarnizada al conde Conán. Este sitiaba á Nantes, que se había dado al conde de Anjou (992). Los angevinos acuden para defenderla, y se empeña una terrible batalla en el erial de Conquereuil; Folco, sorprendido de pronto por una estratagema de los bretones, recobra la ventaja, dispersa al enemigo y acuchilla sin piedad á los prisioneros. Conán yacía entre los muertos. Nantes fué entregada al vencedor, quien tomó posesión de ella, en nombre de un príncipe bretón, todavía menor de edad, Judicael, y la hace administrar por uno de sus vasallos.

Con el señor feudal que reinaba en Blois, la lucha, empezada ya en tiempo de Eudo I (990-995), debía ser más penosa y el éxito menos brillante. Folco encontraba en Eudo II un adversario de su talla y que le amenazaba de cerca, porque la confusión singular de sus posesiones hacía de la guerra, para ellos, una necesidad cotidiana. El principal objetivo del conde de Anjou era la conquista de Turena. Sólidamente apoyado en Amboise y en Montrichard, encerraba la ciudad de Tours en un círculo cada vez más estrecho. En 1016, Eudo acudió para libertarla: un encuentro formidable tuvo lugar entre los de Blois y los angevinos sobre la meseta de Pontlevoi. Rechazado y herido al principio de la lucha, Folco vuelve á la carga con las tropas que le llegan, en el último momento, al mando de su aliado Herberto Eveille-Chien, conde del Maine. La caballería de Eudo, derrotada, emprende la huida, dejando á los infantes del conde de Blois expuestos sin defensa á las iras del vencedor, que les hace cortar la cabeza. Más de tres mil hombres quedan sobre el campo de batalla: mortandad poco común en aquel período de la Edad media.

La hazaña sangrienta de Nerra resonó en toda la Francia y aun más allá de sus fronteras. Un cronista alemán señala esta carnicería que ensangrentaba el reino de Roberto, «rey pacífico y venerable en todas las cosas.» La victoria de Pontlevoi, por otra parte, produjo al conde de Anjou más gloria que provecho inmediato. No pudo tomar Tours; pero algunos años después se echaba sobre Saumur, que retuvo definitivamente, á pesar de los reiterados asaltos que dió Eudo para volver á entrar en dicha villa (1025). A la muerte de su rival (1037), un último y vigoroso esfuerzo le hizo dueño de los castillos de Langeais, de Montbazón y de Saint-Aignan.

El apetito de Folco Nerra estaba excitado, pero no satisfecho. Su codicia se fijó pronto después en el Maine, cuyo duque Herberto le había ayudado tan felizmente en Pontlevoi. Una traición hizo caer al aliado entre sus manos (1026); lo retuvo dos años prisionero, pero una coalición de sus enemigos le obligó á ponerlo en libertad. Obstáculos y reveses irritaban, sin abatirle, al infatigable barón. A los sesenta y siete años emprende su cuarta peregrinación á Jerusalén. Más afortunado que muchos otros, regresaba de ella y había ya pisado el suelo de Francia, después de haber atravesado toda la Hungría y toda la Alemania, cuando la muerte le sorprendió en Metz, á 12 de junio del año 1040. Había manifestado el deseo de que su cuerpo

fuese llevado á Loches y sepultado en Beaulieu, su abadía predilecta. El féretro de piedra donde descansan sus restos no fué hallado hasta 1870; registrado interiormente, se encontraron algunos huesos y un cráneo de forma cuadrada y protuberancias salientes, con una frente baja y órbitas profundamente hundidas. Eso es todo cuanto sabe la historia acerca de la constitución física de Folco Nerra, uno de los hombres más batalladores y turbulentos de la Edad media, constructor consumado de



Moneda de Godofredo Martel, conde de Anjou

torreones y de iglesias, y en conjunto una personalidad poderosa, cuya obra debía durar.

Esta obra la afirmó y completó el mismo hijo de Nerra, Godofredo Martel, tan vigoroso como su padre, heredero de su codicia y de su fogosidad, pero con una cultura de espíritu superior, más ciencia militar y miras políticas más altas. Muy joven todavía, antes de la muerte de su padre, obró con entera independencia. No queriendo Folco compartir con él su autoridad y su dominio, Godofredo encuentra el medio de crearse el señorío que se le niega. Se echa de pronto sobre el condado de Vendôme, que obtiene, mitad por compra, mitad por violencia; después invade el Poitou, y libra al duque de Aquitania una batalla en regla en Moncontour, cerca de Saint-Jouin-sur-Marne (1033). El duque, derrotado y prisionero, estuvo en la cárcel de su vencedor por espacio de cinco años. Godofredo no consintió en soltarle más que mediante un fuerte rescate y la cesión definitiva de la Saintonge.

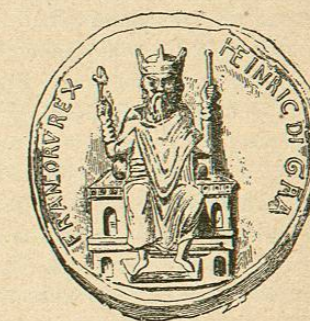
Tenía ya la fama de conquistador cuando aún no estaba en posesión de su patrimonio. El viejo Folco vivía aún y no era hombre para abdicar. Sin embargo, cuando hizo su tercera peregrinación á Oriente (1035), se vió obligado á dejar en manos de su hijo la administración provisional del condado de Anjou. A su regreso encontró que lo provisional se había hecho definitivo. Godofredo se negaba á devolver el depósito. De ahí, entre padre é hijo, una guerra terrible que ensangrentó el país durante cuatro años. Godofredo, gravemente herido en el muslo, acabó por ser derrotado y se sometió. La leyenda añade que el vencedor le condenó á caminar muchas millas, llevando una silla de montar sobre la espalda, y después á presentarse de rodillas con este aparejo: «Por fin, ya estás domado,» dice Folco poniéndole el pie sobre la cabeza. «Sí, pero por mi padre,» responde Godofredo.

La muerte de Nerra hizo á Martel dueño de una vasta región, erizada de fortalezas: el Anjou, la parte oriental de la Turena, un extremo del Berri, el país de Loudún y la Saintonge. En nombre de los hijos de Inés de Borgoña, duquesa de Aquitania, con quien se había casado, gobernaba también el condado de Poitiers. Para dar á la potencia angevina su extensión lógica, no le faltaban más que Tours y el Mans.

Tours fué la primera en sucumbir. Tibaldo III, con-

de de Blois, que la poseía, no era un rival temible. Godofredo tuvo la habilidad de conseguir que Enrique I, rey de Francia, le transfiriese el señorío feudal de la Turena. Pero mucho más que con esto, contaba con el ejército aguerrido que dirigía su senescal Lisoie d'Amboise, un estratégico consumado, á quien debió la mayor parte de sus éxitos. Triunfó completamente de los de Blois en la batalla de Noui ó de Saint-Martin-le-Beau (21 agosto de 1044). Tibaldo fué envuelto como en una red, con más de 1.500 caballeros. 1044 Habría tenido la suerte del duque de Aquitania, si no se hubiese apresurado á ceder, para su rescate, Tours, Langeais, Chinón, y á jurar que no construiría ninguna fortaleza á menos de siete leguas de las fronteras del Anjou.

Godofredo empleó más tiempo y más esfuerzos en apoderarse del Maine. Chocaba allí con un triple obstáculo: una dinastía local popular, un obispo hostil á las pretensiones del Anjou, y una ciudad belicosa que aspiraba ya á la independencia. La lucha del conde de Anjou y del obispo de Mans, Gervasio de Château-du-Loir, duró cerca de veinte años. En 1047 una traición hizo caer al obispo en manos de su enemigo. ¡Hecho inaudito en la Edad media, Godofredo lo tuvo en la cárcel durante siete años! Ruegos, amenazas, excomuniones, nada pudo hacerle soltar su presa. La más alta autoridad del mundo cristiano fué desatendida. Godofredo se quejó amargamente, en una carta que escribió al papa León IX en 1052, del apoyo que la corte de Roma prestaba á su víctima, «ese obispo criminal, ese hombre indigno no sólo de su cargo episcopal, sino de todo honor, ese miserable, esa bestia feroz cuya lengua venenosa es capaz de corromperlo todo.» Y añadía con altivez: «Después de todo, reverendo Padre, yo no soy más que un seglar, absorbido por los negocios de este mundo, y hubiera podido perfectamente no preocuparme de los sufrimientos causados á la iglesia del Mans por tu negligencia y por la de los hombres que presiden, bajo tu autoridad, los destinos de las iglesias.» Medio siglo más tarde, ni uno solo de los altos baro-



Sello de Enrique I, rey de Francia

nes de Francia se atrevería á usar con el Papa semejante lenguaje. Se conoce que Gregorio VII no ha dominado todavía el mundo cristiano. Godofredo es, no obstante, un hombre piadoso, pues que la piedad se mide en esa época por el número de donativos á las iglesias y de fundaciones de abadías. La Trinidad de Vendôme, La Evière, Saint-Laud de Angers, Nuestra Señora de Saintes, San Juan de Angeli, San Nicolás de Angers le deben su origen, su reconstrucción ó sus rique-